

SEMANARIO

DE AGRICULTURA Y ARTES

Del Jueves 15 de Mayo de 1806.

Real orden comunicada por el Excelentísimo Señor Don Pedro Cevallos, primer Secretario de Estado y del Despacho á Don Francisco Antonio Zea, Gefe y primer Profesor del Real Jardin Botánico, para que se funden veinte y quatro establecimientos con el principal objeto de ilustrar y fomentar la Agricultura, siendo dirigidos por alumnos del Real jardin Botánico de Madrid, formados al intento en todos los conocimientos necesarios.

Deseoso el Rey de contribuir con toda eficacia al bien de sus amados vasallos y á la prosperidad del Estado, se dignó expedir en 18 de Diciembre del año pasado una Real orden, que hará sin duda época en nuestra historia, siendo la regeneracion y engrandecimiento de nuestra Agricultura un resultado inmediato y necesario de las disposiciones siguientes.¹

I. Se fundarán veinte y quatro establecimientos botánicos, cuya direccion se dará á los Alumnos del Real Jardin Botánico de Madrid, que se dedicaren á adquirir en él los conocimientos, que se exigieren para estos destinos.

II. No permitiendo las circunstancias realizar ahora esta empresa, se reservará la fundacion de dichos estable-

¹ Aunque toda la Real orden se leyó en la escuela al dar principio á las lecciones públicas, no hay necesidad de publicar sino lo que interesa á todos.

cimientos para la época en que el estado pueda dotarlos convenientemente sin faltar á las obligaciones imprescindibles de la Corona.

III. Quando llegue esta época, se limitarán dichos establecimientos á la península, pero sin perjuicio de extenderlos á su debido tiempo á los dominios ultramarinos, y sin que por esta demora se dexé de procurar que se connaturalicen en nuestro suelo las plantas de América que pueden vivir en el clima de España, eligiéndose entre ellas, como primeras en el orden, las que son alimenticias y medicinales.

IV. Se fixarán con preferencia los jardines botánicos en las capitales de las provincias; pues habiendo en ellas cuerpos patricios consagrados al fomento de la Agricultura, podrán los individuos de esos cuerpos comunicar al Director del jardín los conocimientos locales que sirvan de base á sus lecciones, y reciprocamente ilustrará este á aquellos con las nociones necesarias para que desistan de rutinas estériles.

V. La primera atencion de los que dirijan los establecimientos botánicos, será la de enseñar la Agricultura á los propietarios de su distrito y á los demas que quieran oír sus lecciones y verlas reducidas á la práctica en el jardín destinado á este objeto. Por este medio, se instruirán los pudientes, se desprenderán de prácticas rutineras en su Agricultura, y resultará la despreocupacion de las clases mercenarias.

VI. La dotacion de los Directores ó Profesores de los jardines, se compondrá de una parte que dará el Gobierno, señalando la asignacion en que se juzgue proporcionada, y de otra parte, que resultará de las contribuciones de los discípulos; pues si todo lo diese el Gobierno, faltaría el estímulo del interés individual, cuya accion es de suma importancia.

VII. En estos establecimientos se reunirán las producciones útiles del país, se sujetarán al cultivo las que fuesen silvestres, se indagarán sus diversos usos, y se promoverá su introduccion en la Agricultura y en el comer-

cio; también servirán dichos establecimientos para aclimatar en unas provincias las producciones de otras ó de agenos países, pero baxo ciertos principios de economía pública que se fixarán.

VIII. Se expedirán cartas recondecoratorias á los RR. Obispos é Intendentes para que protejan, con toda la eficacia propia de su zelo y amor al Rey, estos establecimientos, que el deseo de S. M. por el bien y prosperidad de sus vasallos les proporciona para abrir nuevos tesoros á la riqueza general y aumentar la fuerza y engrandecimiento del Estado.

IX. Se dispondrá que los Intendentes y los Ayuntamientos destinen para la formación de los jardines botánicos el terreno que parezca suficiente y fecundo para aclimatar las plantas nuevas, y cultivar las conocidas por los modos y medios mas útiles y comprobados por la Agricultura moderna; por manera, que ayudada la teórica de la escuela con las comprobaciones, y resultados de la experiencia, nada quedará que desear para la instruccion de los pueblos, y el interés individual no se arredrará con los temores que comunmente acompañan á la adopcion de un nuevo sistema rural.

X. Se hará un reglamento en que se exprese por menor el objeto de tales establecimientos, las relaciones que han de tener entre si y con el Real Jardín de Madrid, los medios, que han de ser proporcionados al fin, los conocimientos que se requieren para dirigirlos, las obligaciones del Naturalista, y la cuenta que ha de dar al gobierno del resultado anual de sus indagaciones.

XI. Para obtener estos destinos, es indispensable haberse formado en la escuela particular del Real Jardín Botánico de Madrid, despues de haberse distinguido en las lecciones públicas del mismo establecimiento.

XII. Los que hallándose instruidos en las humanidades, y ciencias fundamentales, á saber la Lógica, Aritméticas, Geometría y Trigonometría plana y principios de Algebra y de Física, dieren pruebas en los exámenes

de haber aprovechado en ellas, pueden ser elegidos para entrar en la escuela particular.

XIII. La escuela particular, se compondrá de doce discípulos escogidos por el primer Profesor, los que declarando su resolución de seguir la carrera botánica se comprometerán á servir en los establecimientos que S. M. ofrece fundar, luego que concluyan sus estudios.

XIV. Estos estudios durarán dos años, en cuyo espacio asistirán diariamente al jardín sujetos á las disposiciones del primer Profesor, encargado especialmente de formarlos en quantos conocimientos juzgue necesarios. Todos los empleados botánicos del Real Jardín, cooperarán con el primer Profesor conformándose á sus ideas y á sus disposiciones.

XV. Concluido el primer año se tendrán privadamente exámenes rigorosos para separar de la escuela á los que no hubieren hecho todos los progresos que se esperaban. Se tendrán igualmente exámenes el segundo año, los que abrazarán todas las materias estudiadas en los dos, terminando con ellos sus estudios los que merecieren aprobación, y volviendo atras uno ó dos años los que en parte ó en todo no la merecieren; pero en el concepto de que den esperanzas, pues de lo contrario se les despedirá. Segun el mérito que acreditaran en estos exámenes se les distribuirá en tres clases: 1.^a sobresalientes: 2.^a aprovechados: 3.^a regulares ó medianos.

XVI. Concluidos los exámenes se tendrán oposiciones públicas para ganar los siguientes premios. En el primer año tres: 1.^o una medalla de oro: 2.^o otra igual de plata: 3.^o otra menor también de plata. En caso de que alguno de los que las obtuviéren, dexare por inaplicacion de aprovechar en la ciencia, y por consiguiente de distinguirse en las oposiciones del segundo año, perderá en castigo su medalla. Los premios del segundo año consistirán en iguales medallas, y en el derecho de elegir por su orden cada uno de los tres que las obtuvieren, el establecimiento en que quiera colocarse. Los ejercicios de

oposición serán los mismos en uno y otro año, con la diferencia de abrazar los del segundo las materias estudiadas en ámbos. Reduciránse á escribir una memoria sobre punto sacado á suerte, á dar una lección también á suerte, y á sufrir en público un examen rigoroso sobre quanto debe saberse para dirigir establecimientos de tanta importancia. Para que los concurrentes puedan juzgar de los hombres á quienes se ha de confiar una empresa tan grande, se les repartirá el programa circunstanciado de las oposiciones, y se anunciarán las memorias, extractos, discursos &c. que cada uno de los opositores hubiere trabajado en el curso de estudios. Los premios se adjudicarán solemnemente con los de la Escuela pública.

XVII. Todos continuarán asistiendo al Real Jardín; pero sin obligación diaria, á perfeccionar sus conocimientos, á auxiliar en sus tareas á los profesores, á emprender por sí mismos alguna obra &c. mientras le llega á cada uno el turno de su colocacion. Este turno va por clases, y la clase por números ganados como se ha dicho por oposición los de la primera; y los de las otras asignados por los profesores en los últimos exámenes.

XVIII. Siempre que alguno fuere colocado pagará al Real Jardín una mesada del sueldo de su empleo, y comprará un exemplar de las obras del establecimiento, comprometiéndose á tomar la continuacion. Estas sumas se destinarán al engrandecimiento de la biblioteca.

XIX. Los exámenes serán mas rigurosos para los jóvenes que se destinan á ciertas profesiones que requieren conocimientos botánicos, como la medicina, la farmacia, y segun el aprovechamiento que acreditaren y las pruebas que hubieren dado de aplicacion y talento, se les dividirá en tres clases: sobresalientes, aprovechados, y medianos.

XX. A nadie se dará certificado, si no ha asistido en clase de discípulo y sufrido los exámenes prescritos, debiéndose expresar el juicio que en ellos se hiciere de su instruccion.

XXI. Los que fueren aprobados podrán oponerse á

los premios de la escuela pública, que consistirán en una medalla de oro y dos de plata, cuyo peso y typo se determinarán. No pueden adjudicarse á los que ignoraren la lengua latina, que es indispensable para esta ciencia. La distribucion de estos premios se hará con la mayor solemnidad el dia en que se dé principio á las siguientes lecciones públicas. El que obtuviere el primer premio será admitido en la escuela particular sin necesidad de que lo elijan.

Aunque facilmente se conciben las ventajas que deben resultar á la Monarquía de realizar una empresa tan sabia y tan bien combinada, procuraré manifestarlas en el número siguiente, en que también publicaré el corto discurso que sobre el mismo asunto pronuncié al dar principio á las lecciones públicas de este año. No será tal vez desagradable, aunque ménos interesante, el que pronuncié el año pasado, y que me parece puede contribuir de algun modo á extender el aprecio que ciertamente merece la Botánica quando se dirige á objetos de verdadera y sólida utilidad.

Discurso acerca del mérito y utilidad de la Botánica, pronunciado por Don Francisco Antonio Zea, al dar principio á las lecciones públicas en 1805.¹

SEÑORES: Aunque la Botánica puede considerarse como una ciencia de creacion moderna, si se comparan sus debiles é inciertos pasos en el vasto espacio de los siglos con el vuelo magestuoso y rápido que ha tomado á nuestra vista, es innegable que fué la primera de que necesitó la ra-

¹ Quando se publicó este discurso fué preciso poner algunas notas que ya no son necesarias.

zon humana, la primera que contribuyó á nuestro alivio y conservacion, formó el comercio, y produjo la agricultura.

No quiero yo decir que en la infancia de la sociedad se tuviesen ideas generales ni aquellos principios luminosos, que propiamente constituyen la ciencia; sino que obligado el hombre de la necesidad á coger este ó aquel fruto, que le hacian en la vista ó el olfato una impresion agradable, es forzoso que la experiencia del daño y del provecho le hiciese poner cuidado en reconocerlos y distinguirlos: que observase el porte y la fisonomía de las plantas que los daban; y que, guiado por la analogía natural, hallase en otras especies del mismo género la misma utilidad. Por mas limitados é informes que fuesen tales conocimientos, debieron irse transmitiendo de una en otra generacion como el mayorazgo de la especie humana, y aumentandose cada día con los descubrimientos que les ofrecia el acaso y á que en ciertas circunstancias les conducia la necesidad. ¿Y no es muy natural que quando se encontraban en los bosques, ó que las sombras de la noche, las tempestades y el terror del rayo les obligaban á reunirse en el seno de las rocas, en las cavernas espaciosas, ó debajo de aquellos grandes árboles contemporáneos del universo, trocasen unos con otros los diversos frutos que habian recogido, y que tal vez en aquel mismo día habian algunos descubierto? A lo menos es innegable que el conocimiento de las plantas útiles á la conservacion de la vida debió preceder á la hermosa y grande idea de reunir las en un corto recinto, cuidarlas, y reproducirlas. De suerte, Señores, que fuese ó no el comercio, aunque reducido, ya se ve, al mero cambio de frutos, anterior á la agricultura, como parece persuadirlo nuestra inclinacion natural á trocar lo abundante por lo escaso; siempre es cierto que una y otra fuente del engrandecimiento y del poder del hombre se debe á la atencion que puso en las producciones vegetales. ¿Qué hubiera sido de él, si viviendo como las fieras de

sangre y de carnicería, hubiese mirado las plantas con la indiferencia que las miran ellas, sin haberse aplicado desde luego á conocerlas y distinguir las! Entónces la tierra, abandonada á la merced de la naturaleza, se habría convertido en una inmensa selva que el tigre haría temblar, y en que los animales inocentes no hallarian ni sustento ni seguridad, y no solamente no se hubieran levantado los imperios, ni formado las naciones, sino que tal vez la misma especie humana habría perecido como muchas que han desaparecido del globo.

Por eso el Ser supremo, que vinculaba la existencia de la sociedad en el conocimiento de las plantas, no solamente nos lo ha facilitado clasificándolas y poniendo á cada género y especie su sello distintivo, sino que continuamente nos exhorta á su estudio con aquellas sublimes expresiones de la Omnipotencia, que pintándose en los ojos de todas las generaciones y encantando los sentidos, hablan al corazón, y resuenan en los siglos y en la eternidad. ¿Quién no admira la magestad y el lujo de la creacion vegetal? ¿Quién no es sensible á las delicias de la verdura y de la sombra? ¿A quién no embobesan la púrpura y el oro de las flores, y los matices de carmín y grana que brillan en los frutos? Los prados inspican alegría; en las florestas se siente una especie de ternura, y se difunde el alma; las selvas silenciosas convidan á la meditacion, y hacen concebir grandes ideas; y en todas partes recrean las plantas el olfato y la vista, y hechizan dulcemente el corazón. Así se explica la naturaleza por medio de atractivos y de gracias, por una rápida serie de impresiones, que son mas vivas y mas agradables, á proporcion que mas nos importan los objetos á que quiere inclinarnos.

Por eso sin duda cautivan mas nuestra atencion las flores y los frutos, en quienes grabó los caracteres propios para conocer y distinguir las plantas, y por eso presentó al Padre de los hombres el brillante espectáculo de todas las que eran útiles y hermosas, cubiertas de

frutos y de flores en el día de magnificencia y de gloria, en que le daba el cetro de la tierra.

No solamente nos exhorta al estudio de las plantas la misma divinidad, pues, la naturaleza no hace mas que repetir sus expresiones, traduciéndolas de la eternidad, sino que positivamente ha manifestado lo mucho que nos importa, quando para presentar á los hombres un modelo de sabiduria en su favorito Salomon, le comunicó el conocimiento de todas ellas desde el musgo que nace en la pared, hasta el cedro colosal que levanta sobre el Líbano su copa magestuosa. ¿Y me empeñaré yo en atraeros á una ciencia, á que tan manifestadamente nos excita el Criador mismo, y que concedió como el mas precioso don al Rey privilegiado á quien quiso colmar de luces y grandeza? ¿Substituiré la miseria y la debilidad de mi discurso á la sublime eloqüencia de la primavera y de las flores, y presumiré exaltar la imaginacion inanimada, que fuere capaz de resistir al encanto de este ameno jardín, que á imitacion del Ser supremo ha puesto nuestro soberano para presundir al estudio de la Botánica, y al mismo tiempo facilitarlo? No, Señores, yo no tengo la pretension impia de introducir en el templo de Flora á los que ella misma ha puesto la señal de reprobacion, haciéndolos frios é insensibles á las gracias de la vegetacion y al placer de la curiosidad; pero, vosotros, corazones hermosos, almas sensibles y imaginaciones brillantes, talentos queridos del cielo, venid á este jardín, en que la gloria y el poder del Rey van reuniendo para vuestra instruccion y delicias, y para el bien de Europa en algun dia, tantas preciosas producciones que solo parecian destinadas á las augustas selvas de los Andes, hondos abismos, valles solitarios, y llanos inmensos del equador, en que derrama el sol torrentes de fecundidad. Venid: vosotros teneis vocacion al sacerdocio de la naturaleza, y así os lo indica el sobrecogimiento religioso que sentis en su presencia, las hermosas ideas que se os presentan á la voz de la primavera, y la llama divina que arde ahora en vuestro corazon.

Reconoced vuestra vocacion, y entrad en el santuario, á cuyo servicio os consagra ella misma, revistiéndoos de luz el pensamiento, y coronándoos de flores la imaginacion para que anunciéis con esplendor y gracia á las generaciones la grandeza y los bienes de la creacion amena.

Yo estoy encargado de enseñaros el idioma de su templo, de iniciaros en sus misterios y de inspiraros la mas alta idea de la importancia y de la santidad del ministerio á que sois llamados.

Comienzo exhortándoos á purificar el pensamiento de los siniestros juicios y preocupaciones que con la envidia y la ignorancia conspiran contra la Botánica, hija del cielo, concebida en la luz, y mandada á la tierra para establecer la santa Agricultura, y formar la sociedad humana. ¡Ojalá que las sombras que el pecado difundió tan repentinamente no nos la hubiesen ahuyentado, que hubiéramos recibido de su mano los dones celestiales de que ahora disfrutamos, y muchos mas que aun retiene la naturaleza! Sesenta siglos hemos corrido buscándola, y á este empeño, á que aun sin saberlo nosotros nos estimulaba la necesidad, se deben ciertamente todos los bienes de la vida, hallados al acaso, quando de edad en edad llegabamos á descubrir sus vestigios. Tambien hemos alcanzado á oír su voz, y sorprendidole de quando en quando secretos importantes: otros se le han adivinado, y á fuerza de combinaciones y conjeturas se ha adquirido alguna luz; y á lo ménos no hay ya que buscarla á la ventura en el seno de la obscuridad. Y en este estado, quando se adelanta mas en un día que antes en un año y casi se le alcanza á descubrir, se interpone como un río la opinion arbitraria de ser ocioso el empeño, queriendo cortar el paso á las almas generosas, que por una especie de inspiracion divina corren en pos de tanto bien para la humanidad. ¡Ojalá no fuera cierto que la necia preocupacion de la inutilidad de las indagaciones botánicas retrae á infinitos jóvenes de emprender tan gloriosa y tan importante car-

rera: que otros desertan muy á los principios, creyéndose desengañados, por no haber comprendido la utilidad de la nomenclatura, que equivocan con la ciencia; y sobre todo, que por esa miserable idea mira el público, si no con desprecio, á lo ménos con indiferencia, á los que por el mero hecho de consagrar sus talentos á buscarle tan rico mayorazgo, debiera coronar de laureles! Pero ¿en qué se funda para esta injusticia? En que presentando á un Botánico qualquiera planta, sean ó no conocidas sus propiedades, no decide para qué sirve, es decir, en que la ciencia no ha llegado á su perfeccion, que seria el secreto de que jamas llegase, si no fuera el verdadero genio, siempre independiente de su siglo y superior á la tiranía de la opinion vulgar. ¿Está acaso demostrado que jamas llegará á tal punto? ¿Y no será un bien qualquier paso que adelante, si en llegando á la cumbre ha de dominar sobre la naturaleza y obligarla á que le ofrezca sin reserva los dones de la creacion? Mas prescindiendo de la ventaja inestimable de irse acercando á la fuente de los tesoros naturales, ¿no ofrecen las ciencias mas utilidad que la inmediata y directa, que claramente vemos que fluye de ellas? Contribuir á los adelantamientos de la razon, nutrirla, fortificarla, darla aquel vigor y energia de que necesita para inventar principios y descubrir nuevas verdades, ¿no es utilidad? Lo es evidentemente; y por lo mismo no se puede oír, sin un sentimiento profundo, dar la preferencia exclusiva á ciertas ciencias, degradando y casi envileciendo á otras, como si el bien de la sociedad no pidiera que se respeten y se admiren todas, y que todas se cultiven con entusiasmo y se coronen de gloria.

Pero tambien prescindo de que en este género de utilidad indirecta, que consiste en contribuir ideas al tesoro de la razon, muy pocas pueden competir con la Botánica; y voy á la utilidad clara y perenne que se le niega sin exámen, tomando de aquí motivo para despreciarla.

Tiene la Botánica dos ramos, que algun dia forma-

rán dos ciencias separadas, porque esta subdivisión es tan ventajosa en la economía literaria como la del trabajo en la política: el uno es la determinación de las plantas, y el otro el descubrimiento de sus usos y virtudes. Concedamos por un momento que este ramo, sin duda el mas precioso, no llegue jamas á florecer; pero por eso ¿ha de cortarse ó abandonarse el otro que produce tantos frutos?

Aquella puede llamarse la Botánica conquistadora, esta la conservadora; cuyos nombres solos darán idea de la importancia de una y otra, y de su eterna alianza. ¿De quantas producciones útiles y preciosas, que á falta de la Botánica conquistadora nos adquirieron en remotos siglos el acaso ó la necesidad, carecemos el día de hoy, porque aun no se habia formado la Botánica conservadora, que nos trasmitiese su conocimiento? Los escritos que nos han quedado de los antiguos naturalistas; son mas que unos tristes monumentos de las pérdidas que ha hecho la humanidad, no pudiéndose determinar por sus descripciones arbitrarias las plantas de que nos dan tan importantes y curiosas noticias! ¿Y qué diremos al oír á Plinio anunciarnos como perdido el conocimiento de otras muchas, ya por no habérseles dado nombre para distinguir las, ya por ser ordinariamente sus descubridores los hombres del campo, ya tambien por hacer misterio de ellas los que habian alcanzado á explorar y reconocer sus virtudes! ¿Qué diremos al verle pintar atónita la antigüedad contemplando los prodigios de las plantas: al oírle que se llegó por su medio hasta á predecir los eclipses del sol y de la luna, y que aun se conservaba en el vulgo de su tiempo aquella tradición? ¿Cómo se habreis hecho su eficacia favorita de los Poetas para obrar portentos, si generalmente no se hubiera reputado extraordinaria?

Y para excitar un entusiasmo tan sublime y tan general ¿no es preciso que se hubieran visto efectos admirables, ya que no los prodigios increíbles que el vulgo les atribuía! Pero ¡ay! que de tantas y tan preciosas plantas solo han

llegado á nosotros, por falta de Botánica, las pocas con que la sobria Agricultura se habia contentado; mas aquellas que por sus efectos asombrosos se apropiaron los Sacerdotes paganos para aturdir la razon: las que reunian en los bosques sagrados á la sombra terrible de sus misterios y supersticion, sin confiar el secreto sino á discípulos escogidos, despues de largas, duras y aun mortales pruebas de que no dispensó á Pitágoras la celebridad de su nombre ni la recomendacion de un Soberano: digo que el conocimiento de aquellas plantas, con que se hacian tan raras curaciones y portentos, se perdió por falta de Botánica que los conservara.

Sé muy bien que se quiere dudar de esos fenómenos; pero yo no encuentro fundamento, pues no son conoci-damente superiores á la naturaleza, y depone en su favor toda la antigüedad: depone el mismo Pitágoras, aquel filósofo modesto, en cuyos labios brillaba la verdad; y depone el respeto con que toda la tierra miraba á ciertas familias singulares, que se daban un origen divino, porque de padres á hijos se transmitian el secreto de alguna planta mágica, que así las llamaban. Es cierto que también se creía en la eficacia de sus palabras, cuyo encanto ya parecia que obraba por sí tales prodigios, ya comunicando esta virtud á las plantas de que se valian; pero ¿quién no advierte que aquel y otros supersticiosos artificios eran el medio de atribuirse á sí mismos la gloria de la naturaleza para hacerse venerar de su siglo? Así vemos que Melampo, Médico de Argos, para curar de impotencia al hijo de Filaco, le lleva al sagrado bosque, celebra un sacrificio, y en medio de todo aquel vano aparato de misterios y de ceremonias clava en un árbol el cuchillo sangriento, y retirándolo, se lo entrega, para que tomando en vino el orin que se formaria, lograse, como logró, su deseo. Así vemos también á aquel sacerdote, descendiente de los antiguos Marsos, que nos pinta Virgilio adormeciendo las serpientes con su canto y tacto, siendo puro efecto de ciertas plantas, cuyo secreto era conocido en muchas

partes, en el Africa, en la Judea, y últimamente descubier-
to por Jacquin y Mutis en América, y perpetuado por
medio de la Botánica conservadora. ¿Y para qué hemos
de recurrir á los remotos siglos, quando el nuevo con-
tinento nos ofrece recientes é incontestables pruebas de
las pérdidas que ha hecho el género humano de mil pre-
ciosas producciones, por falta de esta misma Botánica,
que se suele despreciar? La tradición y la historia, los
conquistadores y los conquistados estan de acuerdo en
decir, que allí había hombres que se hacian admirar por
los secretos que poseian de muchas plantas; pero casi
todos se perdiéron ya por la supersticion pagana, bajo
cuyo velo odioso se escondian, ya principalmente por-
que faltando la Botánica, falta la ambicion de tan só-
lidas riquezas. Ahora mismo estan llenas las relaciones de
nuestros Misioneros de estériles noticias de muchas pro-
ducciones preciosas para la Economía, las Artes y la Me-
dicina, cuyo uso encuentran entre los salvages, y con las
quales podian enriquecerse nuestra Agricultura y Co-
mercio, ó á lo ménos conservarse su conocimiento, si ellos
pudiesen describirlas y determinarlas. ¿Qué triste idea la
de perder cada dia tantos bienes, y bienes que tan caro han
costado á la humanidad! Porque esos descubrimientos, de-
bidos siempre á las tribas silvestres, no se hacen sino
á fuerza de sacrificios de hombres, probando el veneno
y la muerte en la desesperacion del hambre y del do-
lor para hallar á la suerte el alimento y la vida. Y quan-
do no se sacase de la Botánica mas utilidad, que con-
servar eternamente las importantes conquistas que ha he-
cho el género humano al precio de su sangre, ¿no se-
ria este un bien inestimable? Si la materia médica se
ha enriquecido prodigiosamente en nuestros dias: si los
raros secretos de los salvages de la Guayana y del Ca-
nadi se han divulgado en la Europa: si en fin nos apro-
vechamos de los descubrimientos que los pueblos silves-
tres han comprado bien caro á la naturaleza, solo es por-
que la Botánica ha brillado por algunos instantes, co-
mo un meteoro del cielo en medio de las sombras de

la ignorancia y de la barbarie, que dominan en aquellas selvas. Pudiera determinadamente citar en comprobacion muchos ejemplos; pero me contentaré con uno, que es de infinito precio. Estaba ya casi perdido el conocimiento del árbol amigo de los hombres, el de la quinina, que se mira como la adquisicion mas preciosa que ha hecho nuestra especie; se le confundia con otros, y hasta se habia desacreditado; pero la Botánica reproduxo su mérito, y no solo ha perpetuado su conocimiento, sino extendiendolo desde Cartagena hasta Huancuco, desde las montañas inhospitales del Orinoco y del Amazonas hasta la costa encantadora del mar de Guayaquil. ¡Gloria inmortal á Mutis y Pavon, á Ruiz y á Humboldt, á Bonpland y Tafalla! Honor y nombre eterno á los que tanto han aumentado el precioso mayorazgo de la Medicina, ántes reducido al estrecho recinto de la famosa Loxa.

¿Y no es tambien un beneficio debido á la Botánica mostrarnos en un pais las plantas útiles que se crecian privativas de otros? En casi tres siglos no se habia siquiera sospechado que existiesen en las selvas de Bogotá muchas de las mas estimadas producciones del Egipto y de la Arabia, del Japon y de la China, de la India y de las Islas célebres del Asia, y aun las del Norte y del Sur del mismo continente Americano; y un solo Botánico, el ilustre Mutis, no solamente las ha encontrado, sino descubierto otras nuevas no ménos importantes que despues irán hallando en varios paises otros Naturalistas. Asi se encadenan los bienes de la ciencia y se extiende el imperio del hombre, sucediendo tal vez que un descubrimiento, al parecer estéril para algunas generaciones, comienza inesperadamente á fructificar para la nuestra. ¿No sentia la Europa que la polygala senega dada á conocer por el celebre Tennent; que aquella planta inestimable con que los salvages de Pensilvania se libran de una serpiente desoladora, y cuya eficacia se ha reconocido en graves y mortales enfermedades, no se introduxese en el comercio por la barbarie de sus poseedores? Pues Mutis, encontrándola en las florestas del mismo Bogotá, ha en-

lazado para gloria de la Botánica aquel con este beneficio, y franqueado al género humano tan precioso medicamento. Ya llegará el día glorioso para el Rey y para la Nación, en que publicadas las obras de un sabio tan original se engrandezca el imperio de la Agricultura con las brillantes conquistas que él ha hecho en la naturaleza, se extienda nuestro comercio, y apareciendo la América tan nueva para Europa como en el mismo siglo de Colón, tenga que agradecernos la humanidad inmensos bienes que estaba muy léjos de conocer. ¡Modesto y sabio Mutis! ¡Genio creador y benéfico! Perdonadle á mi corazón que os pague anticipadamente el tributo de admiración y reconocimiento debido por todos al naturalista generoso que dedica su vida y caudal al servicio de los hombres, sin exigir de ellos, como decía Séneca, mas recompensa que la impunidad.

— Abusaría, Señores, de la benévola atención con que me honrais, si quisiera indicaros los bienes que han de proporcionar al género humano las diversas expediciones Botánicas que la munificencia del Rey ha costeado en el afortunado continente, en que la naturaleza ha derramado sus mas exquisitas producciones; pero es fácil figurárselos comparando las plantas que posee la Agricultura con las que se le ofrecen por sí mismas en los dichosos climas que protege el sol. Nuestros mejores frutos degeneran á poco que se descuide su cultivo; y apenas se abandonan á la naturaleza quando pierden los jugos deliciosos que han adquirido por una larga serie de combinaciones, y se hacen duros é insípidos, y algunos de ellos ácidos y amargos. La mayor parte de las hortalizas eran quando silvestres ásperas y desagradables, muchas de ellas mal sanas, y algunas positivamente nocivas; y las raíces, cuyas fibras delicadas y nutritiva fécula nos proporcionan tan gratos alimentos, no tenían el sabor ni la corpulencia que han adquirido cultivadas, y pierden quando se descuidan. *Se concluirá.*